

Cuarenta mil peregrinos de los cinco continentes se dieron cita en la aldea de Bosnia-Herzegovina

Jóvenes de todo el mundo toman Medjugorje en su Encuentro de Oración

Misas concelebradas por cuatrocientos sacerdotes, jóvenes de todas las lenguas arrodillados ante los doscientos confesores que rodean la parroquia, testimonios raudales hasta desgastar un espíritu que se crece para seguir orando. Es el Encuentro de Oración de Jóvenes de Medjugorje.

■ JESÚS GARCÍA. Medjugorje

Son las seis de la mañana. Hace casi una hora que el sol despierta sobre el Krizevac (monte de la Cruz). Tras un buen desayuno, el peregrino se equipa para un día de oración total. Una botella de agua, la gorra, unas sandalias, la radio para escuchar la traducción simultánea -disponible en dieciséis idiomas- y, sobre todo, enrollado en la mano como si formara parte de la piel, el rosario: la mano de la Madre, que te acompaña en cada calle, en cada cuesta de los montes, sobre las piedras ardientes que abrasan los descalzados pies de los peregrinos, venidos desde Kenia, Corea, Honduras, Palestina o Ucrania, dispuestos a vivir algo de lo que han oído hablar, pero que no saben qué significa: un 'encuentro personal con Jesús'.

Los testimonios

Ríos de jóvenes confluyen en los alrededores de la parroquia. Mochilas, banderas, esterillas y parasoles conforman un colorido paisaje tras la iglesia de Santiago Apóstol. Acampan allí, sobre las piedras, y lo hacen para rezar durante todo el día, y para escuchar los testimonios de fe del Encuentro. Entre el de aquella joven que abandonó una secta satánica tras ser perdonada por la monja a la que iba a ma-



Miles de jóvenes bailan tras la parroquia de Santiago Apóstol en el encuentro testimonial.

tar y el del prior franciscano que descubrió su llamada tras un concierto de los Rolling, todos se ponen de pie, alzan sus manos al cielo y comienzan a alabar a Dios al son que marca la música.

Cuando llega la hora del Rosario, se han derribado las barreras existentes entre tanta gente de tan diferentes lugares. Allí ya no hay chinos o polacos, gente que hable una lengua diferente. El idioma internacional es la oración. Pero muchos de ellos no habían rezado nunca, y lo hacen ahora como si la oración se fuese a acabar. No se confesaban desde la Primera Comunión, y

sienten un amor de Dios que les lleva a empujones al pulmón de Medjugorje: los confesionarios, donde ni el sol ni los jóvenes dan tregua a los cerca de doscientos confesores.

Encuentro con Jesús

Y junto al pulmón está el corazón: la capilla en la que el Santísimo está expuesto hasta media tarde, rodeado por una multirracial masa de jóvenes que hablan en silencio y en mil idiomas a un mismo Jesús. Le cuentan sus cosas, le piden remedios, le agradecen regalos, y sobre todo, le miran pidiendo una respuesta: ¿Quién eres? ¿Quién soy? ¿Por qué?

Después, la Eucaristía, concelebrada por más de cuatrocientos sacerdotes. Los cantos alegres y las oraciones sinceras dan paso a una adoración nocturna en la que el silencio y el fervor cortan la respiración. Está claro: el centro de Medjugorje es Jesucristo. Todo se queda a oscuras, y el solo silencio habido entre miles de personas postradas ante Él convierten aquel sosiego en una clamorosa oración. Y Él parece responder: al paso del Señor en la custodia por entre los peregrinos, las caras de los que le miran te dice todo. En ese momento le presentan toda su vida: sus cosas buenas, y

sobre todo, las malas. A algunos parece cambiarles la vida, sólo ellos y Dios lo saben. A otros no lo parece. Les cambia y te lo cuentan. Dejan sus vicios, perdonan a sus padres, curan sus dolencias, y como no entienden por qué, sólo lo sienten, se convierten: "Ha debido ser Él".

Un lema no escrito

Una vez que se despiden al Señor, emprenden todos dirección a los albergues y a los sacos de dormir. Una breve tertulia para ordenar y compartir lo vivido pone fin al primero de los seis días del Encuentro de Oración de Jóvenes, que cada agosto se celebra en Medjugorje y cuyo lema no escrito mantiene vivo cada peregrino: "¡Oren, oren, oren!".

El último día, fiesta de despedida. Se citan los cuarenta y siete países de los que han venido peregrinos. Al nombrar a Líbano la explanada entera se levanta en un solo grito durante minutos: "¡Mir!", es decir, ¡Paz! La fiesta continúa con bailes y canciones con jóvenes que mañana estarán a miles de kilómetros unos de otros y a los que, sin embargo, se sentirán unidos en cada oración de su vida. Ésa es la Iglesia.

Regresan a casa con una paz interior hasta entonces desconocida, inexplicable, que no se puede contar ni escribir. Sólo se puede vivir.



Canciones y oración durante la Eucaristía.



Sacerdotes y obispos confiesan sin parar.



Jóvenes españoles ante la parroquia de Santiago.